

Emocionante excursión al pasado

—(2)—

Parece que fue ayer. Pero entre el hoy y el "ayer que parece", se nos ha escurrido por los dedos medio siglo. El dato tiene esa abultada impronta como si nos hubiéramos comido medio buey. Estamos, pues, hartos. Si aventamos la memoria hacia atrás, encontraremos grandes y transparentes lagunas de aguas insípidas. Eso, ¿cuándo fue? ¿Teníamos 38 o 45 años? ¿Ocurrió en el 32 o en el 61? Podemos recordar la cara de don Carlos Gagini; conocimos a Brenes Mesén; tuvimos el alto honor de escuchar las clases adorables de historia de don Teodoro Picado y de don Juan Dávila; no se nos olvida el "Cau-policán" o "al muro", de don Napoleón Quesada; ni el caldo "bordelés" de don Elías Vicente; ni la aplastante personalidad de don Yayó, o el hermetismo de Carrillo; no todos fuimos testigos del retorno a la patria, enfermo y herido de muerte, de Manuel González Zeledón, el legendario y maravilloso "Magón", príncipe de las letras nacionales; de nuestra memoria no ha escapado el recuerdo de don Enrique Jiménez Núñez y su música, aquel eterno vals que canturreaba con honda emoción —mientras nos enseñaba agricultura— el ilustre y atormentado sabio; la figura feble y conternada de don Roberto Campabadal; el atril donde tocábamos violín en la orquesta del Liceo; sería difícil quitarnos de la memoria las páginas del "Ariel" y del "Platero", que nos hizo tragar Vincenzi; o el interminable curso de zoología que nos dictara Mario Fernández Alfaro. Aun nos parece estar oyendo la palabra de don Claudio González Rucavado, en su ensayo sobre la Belleza, cuyos dogmas se hincharon en nuestros espíritus de muchachitos como un descubrimiento insospechado. Y hasta recordamos la voz, dulce modeladora de canciones napolitanas y árias de ópera italiana, cuando don José Joaquín Montes de Oca, regresado de Italia, nos brindara una mañana de música inolvidable. Y también, escritos con fuego, los "cuatros" demoleedores y las rasqueteadas de don Juan Dávila, en el centro del patio del viejo edificio.

Terminaron la jornada, vital, junto con nuestros tres directores, don Juan Dávila, don Justo A. Facio y don Fidel J. Tristán, 34 profesores. No podríamos soslayar sus títulos, intramontable el no citar nombre tras nombre, grabados en nuestro agradecimiento y reverencia: don Ramiro Aguilar, don Leovigildo Arias, don Adolfo Boletti, don Próspero Calderón, don Roberto Campabadal, don Fernando Carrillo, don Arturo Carrión, doña Ángela Castro, don David Corfield, don Rubén Coto, don Lucas Raúl Chacón, don Enrique Echandi, don Tomás Fernández, don Carlos Gagini, don Emanuel García, don Francisco de Paula Gutiérrez, don Luis Felipe Ibarra, don Enrique Jiménez Núñez, don Emel Jiménez, don Leonardo Montalbán, don César Nieto, don Félix Noriega, don Teodoro Picado, don Napoleón Quesada, don Efraim Sáenz Cordero, don Ricardo Solís Molina, don Rogelio Sotela B., don Rómulo Tovar, don Elías Vicente, don Moisés Vincenzi, don Ricardo Villafra, don Eduardo Zamora y don Gerardo Zúñiga Montúfar. Ninguno de ellos asistirá a nuestra cita con el pasado. Pero 9 sí estarán, porque Dios les dió aliento para asistir a esta fecha: Don Alejandro Aguilar Machado, don Francisco Cordero, don Rafael Cardona, don Miguel Ángel Dávila, don Mario Fernández Alfaro, don Ricardo Fernández Peralta, doña Marta Yglesias Flores, don Hernán G. Peralta y don René van Huffel.

El "Liceo de Costa Rica" pondrá en las manos de todos, "bachilleres o compañeros de estudios de éstos", un pergamino para levantar nuestro ya un poco



José
Marín
Cañas

deteriorado espíritu. Por nuestra parte, reverentemente, colocaremos en las manos de los profesores, una constancia de gratitud y respeto —avalada por la vida y experiencia— pues a la formación de ellos y a sus sabias enseñanzas y austeros ejemplos, debemos el haber superado el camino dentro de normas que modelaron nuestros días de liceístas. Será, una profunda misa mayor rezada en las más puras regiones metafísicas. Ocurrirá el encuentro en la mañana soleada y limpia, con un cielo de la patria cuajado de azul y limitado de montañas pesadas, verdes y silenciosas. Y por el ámbito caliente y quieto volarán "los más altos pájaros de la memoria," al volver, conternados y estremecidos a la vieja Casa de Enseñanza.

La reunión de estos 53 sexagenarios, tiene una honda y trascendente importancia. No aporta la conducta de ellos, sino el hecho histórico de que en los 50 años en que fueron bachilleres, el mundo, y con el mundo las ciencias del mundo, la política, las artes, la sociedad, las modas, las costumbres, tuvieron tan atroz trastrueque, tal volconazo "patas arriba", que ya no reconoce "el ayer" ni la madre que lo parió.

Pensar que asistimos, por una de esas casualidades extraordinarias que solamente logran los elegidos, por la suerte o por la fatalidad, a la crisis más honda de la sociedad, de la ciencia y de la política —pues la civilización se transformó en estos últimos cincuenta años, más —¡mucho más!— que desde la Creación hasta el día en que pusimos el pie derecho, y tras del derecho, el izquierdo, en el dintel donde nos esperaba don Juan Dávila, para darnos una raspada si la llegada era tardía —nos emociona profundamente. Fue un día de marzo del año 18. Eran las 7.20 de la mañana. Desde la esquina de la "Begoña", un grupo de remolones emprendió tenazmente un despliegue de velocidad para superar la milla en tres minutos y medio, capitaneado el equipo de perezosos por el que ahora, al cabo de los sesenta y ocho años, no puede aligerar el paso ni cuando un camión de pasajeros se le viene encima. Rompimos la marca y por la última rendija de la puerta que se cerraba, entramos como suspiros, en el momento en el que el minuterero marcaba el maldito minuto veinte pasadas las siete. Fue nuestro primer y radiante triunfo. Para algunos, como el que escribe, también fue el último de categoría. Todos los que siguieron fueron calderilla.

La afirmación de que asistimos al cambio del mundo que tuvo la apariencia de un juego de prestidigitación, no es exagerada. Habíamos entrado al Liceo en el año 18, meses después que en el Octubre del anterior, triunfaba en Rusia la revolución bolshéviki, y con ello, las sociedades se enfrentaban con un dilema gigante. Finalizaba el apogeo del liberalismo, que en América produjo largas y untuosas tiranías. Estaba comenzando la economía dirigida. El hombre, que había volado 300 metros, se dispuso a navegar, tocando las estrellas, la circunferencia terrestre en tantas o menos horas que días había marcado un escritor para hacerlo en el futuro. Estábamos, pues, aboca-

dos al porvenir. Los hongos que manchaban paredes, cielos rasos y cortezas de los árboles, las metían los médicos en el torrente sanguíneo y los enfermos, como Lázarus, se ponían de pie y andaban. Le fue posible al hombre oír a quien cantara a 5 mil millas, y a poco, no sólo lo oyó, sino que lo vió, al calor del butacón de su casa. Grandes cintas de asfalto cuadrícularon los montes, las llanuras interminables, las cumbres de borrasca que habían sido inaccesibles, y por ellas un motor condujo al ser, apretando con el pie el acelerador del 8 en V. Los ladrones extendieron su campo de operación a los países de todo el globo. Las sociedades dejaron de ser nacionales, para convertirse en mescolanzas heterogéneas. Se parió sin dolor. Se inventó la minifalda, el más elevado acierto que la mujer haya ideado para mostrar económicamente la mercadería. Se cambió la geopolítica tantas veces como la humanidad se enfrascó en guerras mundiales, y con ello las fronteras, las ideas, las formas económicas. Nacieron los cuerpos colegiados ecuménicos tratando de encauzar la marcha desabarajustada de aquel mundo en crisis. De la geometría euclídea, no quedó nada más que el recuerdo. De lo que nos enseñó sobre el átomo don Elías Vicente, ni siquiera la memoria. La poesía, la pintura, la escultura y hasta la narrativa, tuvieron nueva expresión. En la música, se introdujo el aullido, y en el arte de los barberos, regresamos a los tiempos prehistóricos. Nuestra promoción, fue una de las últimas que respetó a los padres y a los maestros. Cuando traíamos malas notas, en la casa nos esperaban coscorriones y castigos. Pero en un nefasto día, un progenitor no castigó al estudiante remolón, sino abofeteó al maestro. La juventud se dió cuenta de que gozaba de privilegios inalienables y de derechos que no había explotado. Y por último, fuinos a la Luna.

Con ser mucho lo que vimos a lo largo de nuestras vidas, nada tuvo más importancia que el tomar parte activa en la primera de las revoluciones que la patria nos ofrecía, a nosotros, estudiantes, para luchar por la libertad. No dejamos escurrir la ocasión. Nos cabe la honra de haber puesto la espalda y el glúteo a los cintarazos de los "Buitres" al grito de guerra que San José proclamaba por las calles. Pero más que de haber tomado parte en la consecución de cardenales y de peligros, cuando los cintarazos se trastocaron en tiros, nos enorgullecemos de que no existió quien traicionara el idealismo de la lucha yendo a quejarse al periódico de que le habían hecho "pupa" en el trasero. Pero de aquella jornada hablaremos otro día.